

V. Blasco Ibáñez
Esperando de lo alto
(*El Pueblo*, 16-11-1897)

Cuéntase como caso gracioso que cuando el Turia bajaba desbordado hace pocos días, barriendo con su tropel de olas de barro casas y cosechas, personas y bestias, un labriego exclamó con amargura: «*De tot asó le la culpa el govern*».

Los que se ríen de esta ingenua frase no sospechan que el labrador decía una verdad. No diremos que del reciente cataclismo tenga toda la culpa el gobierno. Si hubo inundación fue porque llovió antes, y los gobiernos monárquicos, aunque absorbentes y amigos de meterse hasta en la conciencia de cada individuo, no tienen tanto poder que puedan mandar a las nubes como si fuesen alcaldes en época de elecciones.

Pero si no tiene culpa de la lluvia algo de responsabilidad le toca en la inundación de Valencia y en todas cuantas inundaciones ocurran en España.

Nuestra nación ya no es la misma de hace un siglo. Completamente arrasada, sin árboles y sin vegetación, en el suelo no tiene más que una capa de tierra suficiente para sacar de ella el pan; y las montañas son esqueletos, mogotes de piedra, en las cuales, como no hay plantas que con sus raíces contengan la tierra, es esta arrastrada por las lluvias. Resultado: que el suelo que debía ser blanda esponja que absorbiera gran parte de la lluvia para devolverla después lentamente durante años enteros en forma de manantiales y riachuelos, es dura corteza de piedra, sobre la cual rebotan las aguas y corren, formando en un momento furiosa avenida.

Una montaña árida y pelada como lo son casi todas las de España, suelta por sus flancos el agua en menos tiempo que emplea la lluvia en caer; y apenas termina el temporal y sale el sol, queda seca como si nada hubiera ocurrido. Un monte cubierto de vegetación como se ven en Francia, en Italia y en todos los países cuidadosos de su suelo, se bebe la lluvia por medio de sus bosques, verdes esponjas que contienen las aguas y las van soltando lentamente: la tierra, adherida a las raíces, sigue en su sitio, y en vez de ser arrastrada por la avenida, aún sirve con su absorción para quitar a aquella parte de su fuerza.

Total: que en otros países donde los gobiernos procuran que todas las tierras públicas estén cubiertas de arbolado, como hay vegetación llueve con frecuencia, las aguas corren sobre la tierra con más lentitud y se impiden en parte esas avenidas tumultuosas y casi instantáneas.

Aquí, con el suelo despoblado, con montes sin sombra de vegetación, se sufren años y más años de sequía; la tierra, agrietada por el calor, se suelta de la corteza terrestre, y cuando por fin llegan allá arriba los lamentos de los

labradores, bastan tres días de lluvia para que las aguas, repelidas por un suelo incapaz de beber, corran alborotadas, convirtiendo lo que era un beneficio en causa de terribles catástrofes.

Decía bien el labriego. De todo lo que pasa y pasará tiene la culpa el gobierno. Antes en España los fenómenos de la atmósfera se mostraban más ordenadamente; el suelo estaba cubierto de vegetación, y con ser escasas las obras de defensa, eran menos terribles las inundaciones. Hoy la política rastrera y el caciquismo han modificado nuestro suelo. Los chanchullos en las elecciones los pagan los gobiernos autorizando la tala de los montes públicos; se ha premiado a los caciques dándoles bosques enteros para que los vendan, y las aguas han barrido la tierra inactiva de las cordilleras, dejándolas como tilas de gigantes calvos.

España apenas tiene vegetación; hay odio al árbol, sin duda porque no es tan productivo como otras plantas; los gobiernos solo se cuidan de cortar los pocos que quedan, y en los pueblos se amontona una muchedumbre idiota y fanática que se ríe cuando le dicen que la arboleda influye en la lluvia, y confía mejor en las rogativas a Santa Fulana o San Perengano.

Sí; el gobierno tiene mucha culpa de lo que ocurre, pero no la tienen menos los gobernados, gente acostumbrada a esperarlo todo de lo alto.

Es verdad que del cielo viene todo; pero lo mismo cae la lluvia benéfica que el temporal devastador, y confiando indolentemente el porvenir a lo que de arriba llegue, sin cuidarse de precauciones en la tierra, hay peligro de recibir por equivocación abundancias como las que ahora lloramos en Valencia.

Resulta peligroso y expuesto al ridículo mezclar al de allá arriba en las cosas que son puramente de la tierra.

En muchas iglesias de España se estaba rezando la oración «*ad petendam pluviam*» para que el Señor nos diera agua, y el Señor se ha mostrado tan generoso, que el arzobispo de Tarragona ha tenido prisa en ordenar que se sustituya dicha oración por la de «*pro gratiorum actione*».

Sí; que se den muchas gracias al Altísimo por su generosidad: de seguro que a esta oración se unirán los que en nuestra provincia se han quedado sin casa y sin ropa y hasta sin individuos de su familia.

Hay que ser muy agradecidos para con la benéfica providencia, que en París se manifestó no ha mucho en el bazar de la Caridad y aquí pasó majestuosa por nuestros campos, barriéndolo todo.

Recordemos al poeta Bartrina:

...Las olas a su Dios le dan las gracias.

Los ahogados también.